



Las Noches de Pro-Arte Musical en Puerto Rico

HASTA su hogar fuimos en una tarde de mayo, a recoger el secreto del arte íntimo de Madame Adelaida Gatell de Vicente. Madame no deja de deplorar que su decir haya trascendido hasta el marco vivo de los escenarios.

—Ya ve usted! Cuando empecé a recitar nunca creí que esto pasara de un espiritual ejercicio casero. Hoy estoy frente a un recital en forma.

—Lo deplora usted?
—Un poco.

De poesía, ¿recitaba usted?
—Nunca! Yo fui una niña muy tímida, muy señorita, con un precoz horror al ridículo. Después, me casé bastante joven.

—Y cómo fue eso de recitar?
—Pues, en una tertulia de sábado por la noche, de matrimonios jóvenes, una noche dije un romance de Zorrilla. No sé en qué actitud lo dije, ni cómo lo escucharon mis amigos. Lo cierto fue que desde aquella noche fui la recitadora oficial del grupo. Entonces empecé a buscar lecturas, sensaciones, que estuvieran dentro de mi modo de acercarme a una recepción más bien suave de decir un verso. Usted no sabe la inquietud

Con Madame Adelaida Gatell de Vicente,
la intérprete del verso íntimo

Por EMILIO S. BELAVAL

—¿Qué juega "Arde"?
—Sí.
—¿Le interesa la política?
—No. Como sin embargo en la libertad femenina siempre que ella signifique afirmación, interés humano, sentido histórico lo femenino. Si la mu-

las cuerdas es un privilegio alárico. Yo no sé si a este señor le gustan o no le gustan los versos. Lo que sí puede averiguar es que los versos que dice Madame a este hombre lo traen de cabeza. El arte de Madame, no tendrá nunca en este hombre un enemigo. A mi sin embargo me intriga un contraste, el contraste entre la voz de la declamadora, en cuyos labios el verso se hace un instrumento y la voz de este caballero, que si alguna vez se mete a cantar va a constituirse en una armadura alipariante de cualquier vecindario dormido. En el último momento confidencial de la entrevista, le pregunté, intrigadísimo a Madame:

—Dígame, señora, ¿cómo pudo este hombre enamorarse a usted sin que se enterara el vecindario?

—Si quiere usted que le diga la verdad, en nuestro noviazgo, comíamos jigüello frente a mi madre. Y mi madre nunca se enteró ni siquiera de cuando reñíamos.

—¿Es posible?
—Cuando me enamoraba, mi marido hablaba casi susurrando.

—Admirable equilibrio tonal el del amor, señora! ¿No creen ustedes? Esta vez usted me me Madame me iba a recitar. Se iba a poner de pi-

SAGRADO
Universidad del Sagrado Corazón

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

la figura, vestida de negro, en un minuto de sol está lo suficiente tenue para sugerir una sombra. Cuando Madame vuelve a su status animico

aciones van a publicarse, lo que piensa de su marido. Yo creo que mi doña Doña Dick le estare una respuesta desfavorable.